

REFLEXIONES EN TORNO A LA BELLEZA, LO NATURAL Y EL ARTE.

28 de Mayo 2020

Carlos Herrero Starkie

Director de IOMR

Durante estos días de repliegue en nosotros mismos por el confinamiento, no debemos caer en la resignación y el pesimismo, sino buscar nuevas vías de escape que den rienda suelta a nuestra mente. Son momentos para gozar de un cierto sosiego y de avivar pensamientos que nos eleven como seres humanos.

Hoy, aprovechando las sensaciones que me produce la primavera, me gustaría reflexionar en torno al significado intemporal de la belleza, valorar el instante fugaz de felicidad que su contemplación embarga y meditar acerca de su relación con la naturaleza, el arte y el hombre.

Una rosa en su plenitud, un capullo aflorando, algo tan eterno como efímero en su periódico renacimiento, dos rosas de color palideciente y conformación sinuante, se yerguen ante mí de forma altiva para alertarme que el origen de lo bello está en la relación del hombre con la naturaleza, fruto de su capacidad para contemplar, observar, sentir y otorgar un valor a lo externo.

Estos momentos de recogimiento en nosotros mismos son el caldo de cultivo para despertar el impulso creativo, para escribir, pintar o simplemente para regenerarse, cambiar el rumbo de una vida o proseguir

con mayor impulso si cabe el camino ya elegido. Momentos para rememorar vivencias y valorar a las personas cercanas, para dejarnos arrastrar por sentimientos que teníamos enterrados en el olvido.

La imagen de la floración en la naturaleza me cautiva porque representa un signo de esperanza de que todo cambia, nada permanece, todo puede evolucionar; un sentimiento que me induce a reflexionar en torno la idea de caducidad inherente al concepto de la vida en todos sus órdenes y como el hombre se esfuerza en hacerse inmortal a través de sus obras, convirtiéndose en el centro del universo.

De esta relación simbiótica entre ser humano y la naturaleza surge el hombre imaginativo, aquel que imprime su huella en este mundo por su capacidad para innovar, para participar en esa idea de progreso propia del hombre civilizado, aquel que controla sus impulsos y no simplemente reacciona ante lo externo, si no que reflexiona en torno a si mismo y a lo que le rodea, reservándose tiempo para contemplar y disfrutar de un cierto reposo, algo fundamental para todos los que aspiren a dar un salto cualitativo en su vida. Un individuo que, en el caso del artista, está consciente de su potencial para expresarse a través de la imitación o interpretación de las formas naturales, proyectándose en su obra a la que dota de un Alma individual que le hace trascenderse y convertirse en inmortal.

Esta facultad de entusiasmarse con la naturaleza de la cosas y las personas que le rodean, de ilusionarse con todo lo que conlleva la vida misma, propicia en el hombre un sentido de proyecto que sublima la frustración que le produce el desconocer las causas del origen del mundo, de su propia existencia, de la levedad de su ser y del sentido del paso del tiempo. Una

íntima experiencia de orden espiritual que solo mitiga en parte ese sentido trágico que lleva dentro de sí, al tomar conciencia de que todo aquello que tiene vida es consustancialmente temporal y se opone a todo lo que es inerte, de naturaleza permanente. Una sentimiento de compromiso con una idea que en algunos aparece bajo la forma de una fe en el más allá, en otros como una vocación para realizarse a sí mismos a través del éxito en vida, que en la mayoría se traduce en compartir un proyecto de vida común para crear una familia y que en el artista se refleja en una irrefrenable fuerza creadora y en una necesidad de dejar testimonio de su propia existencia mediante una obra que permanezca en el tiempo.

El Arte, como creación exclusiva y paradigmática del hombre, evoluciona a través del tiempo en torno a tres pilares que se mantienen incólumes a lo largo de su historia. El hombre, como protagonista indiscutible, el sujeto que se apropia, interpreta y modela el mundo externo para crear una nueva realidad; lo natural como todo aquello que se desvela como algo, cierto y discernible, ajeno al creador y susceptible de ser transformado e interpretado por el hombre y el sentimiento espiritual, como aquello que ocupa el ámbito de lo inexplicable y desconocido. A ello habría que añadir dos elementos más en torno a los cuales gira el arte, el bagaje cultural acumulado por la humanidad que representa la tradición, y la circunstancia sociocultural del momento en que vive cada artista. Todo ello interactúa en el artista en mayor o menor medida para propiciar la eclosión de su obra.

La progresiva conquista del hombre de su propia identidad como individuo ha sido la fuerza motriz que ha hecho progresar el arte hasta nuestros días. Las distintas interpretaciones que los genios artísticos han sabido dar del mundo externo, fruto de una capacidad singular para expresarse a través de su obra, han servido de sedimento para propiciar la creatividad de las

futuras generaciones de artistas, dando lugar a las diferentes escuelas artísticas que se han ido sucediendo en el tiempo.

A partir del siglo XIX, con la aparición del Romanticismo, la evolución de las artes plásticas se ha caracterizado por una continua búsqueda de una contemporaneidad, expresada por un rechazo de lo académico y por una progresiva desvinculación del mundo de lo natural, ya sea centrándose en el estado de ánimo del creador, como hacen los románticos, o en expresar un punto de vista totalmente nuevo, como defienden los impresionistas, al pintar la naturaleza tal y como la ven y no tal y como es. Este proceso culminará a principios del siglo XX con Picasso, el gran brujo, cuando sorprende al mundo con un lenguaje artístico totalmente nuevo: el cubismo; una explosión en todos los órdenes de la creatividad pictórica que, sin embargo, mantuvo ciertos anclajes en la tradición y las formas naturales. Picasso descompone y recompone según un nuevo orden, pero la forma, la línea, el trazo sigue ahí presente en su obra en la que se observa siempre una referencia al mundo externo. Lo mismo ocurre con la obra de Matisse donde su inigualable dibujo y color nos evocan ambientes perfectamente reconocibles por sus formas naturales y lo encontramos también en ciertas figuras del movimiento surrealista, como Dalí, Magritte o Chagall, quienes expresaron la relación del mundo onírico con la realidad, cambiando el significado de las cosas cuya figuración sigue dominando su obra artística.

El brusco final del Arte, como una creación del hombre ligada a su interpretación de la naturaleza, emerge de los múltiples movimientos experimentales relacionados con la pintura abstracta, cuyos máximos exponentes atestiguan y se vanaglorian de representar una ruptura absoluta con el pasado y las formas naturales, hasta el punto que su obra pictórica deja de ser inteligible, en cuanto ha dejado de responder a un código

reconocible por el espectador y de corresponder a las formas naturales, sino solo a una concepción del artista en algunos casos puramente intelectual y en otros totalmente irracional que reduce el arte a una exclusiva traslación de Alma del hombre, sin ninguna relación con el mundo externo. El arte abstracto busca, en la mayoría de los casos, crear una realidad totalmente autónoma, de un orden más cósmico que terrenal, negando las forma figurativas, simplificando los colores, creando planos geométricos perfectamente planificados por el artista, o dejándose llevar de forma inconsciente por la espontaneidad del gesto pictórico.

El Arte abstracto, con la negación de la forma y línea como forma de expresar lo natural, ha traído el caos a partir del cual ha dejado de existir una idea de progreso en el ámbito pictórico. Sin duda, supuso un hito que ha marcado el siglo XX y una gran innovación artística que respondía de forma coherente con el mundo pesimista en el que surgió, consecuencia de dos sucesivas guerras mundiales así como una respuesta al cubismo de Picasso. Solo dentro de esos límites habría que interpretarlo, pero su perpetuación como estilo artístico se ha demostrado muy nociva para la pintura, porque propicia la eclosión de artistas con poco talento pictórico y porque detrás de la negación absoluta de lo natural y la completa sumisión de la obra al ritmo creativo consciente o fortuito del creador, no puede haber más que una sensación de abismo y de vértigo, consecuencia de que la obra, como tal, ha dejado de existir, solo permanece su espíritu. A partir de ahí, una vez superado el carácter sorpresivo de la novedad, no cabe el desarrollo de un nuevo universo pictórico que siga su estela, solo la repetición, el aburrimiento, la indolencia y en el fondo la ausencia de vitalidad.

Me consta, dado la situación del mundo del arte actual, que habrá muchos que opinen lo contrario, que afirmen que es justamente la naturaleza la que comprime la imaginación del hombre y que el arte abstracto es la consagración de la libertad del artista y en consecuencia es cuando su reformulación alcanza el grado de lo infinito; que mantengan que desnaturalizar el arte es profundizar en el origen del universo y del hombre, interiorizando todo aquello que no es perceptible por el ojo humano, pero sí es concebible por su mente, como el espacio cósmico, el átomo, la molécula o en la propia descripción del caos; todos ellos, conceptos abstractos, mucho más cercanos al mundo de las ideas que al de los sentidos .

A ellos yo respondería que en el acto afirmativo de la propia negación del arte figurativo no hay un acto creativo consistente, en torno al cual pueda proyectarse un futuro. Solo son originales la prístina idea de refutar y las primeras obras artísticas que dicho principio ha traído a colación. En el hecho de pintar un lienzo con un color monocromo y, como quien dibuja, realizar en su superficie tres rajaduras o el de dejarse llevar por el movimiento fortuito del brazo para ir derramando pintura sobre un lienzo, hay un punto de soberbia de quien lo ejecuta, no solo en relación con los grandes maestros que le han precedido sino, sobre todo, con el espectador que lo contempla, el cual puede sentirse impactado con el primer cuadro abstracto que ve, pero hasta que punto va a persistir esa sensación cuando descubra otro igual con diferente tono o textura.

En el arte abstracto hay sobretodo obsesión, obsesión del artista consigo mismo, obsesión con una idea como única forma expresarse y una nula vocación para reinventarse, por eso, aún los más grandes cuando parecen haber alcanzado la piedra filosofal de su pintura, se aferran a ella como si

fuesen a caer en el vacío ; Mondrian con la cuadrícula, Lucio Fontana con sus rajaduras, Rotco con su grandes manchas de vibrante color, Pollock con su dripping y su pintura gestual. Todos ellos son tan repetitivos, tan previsibles y, aunque me cueste decirlo, tan icónicos.

Sin embargo, sí que señalaría como uno de los más grandes genios artísticos del siglo XX a su fundador, el llamado "príncipe del espíritu", Wassily Kandinsky, el primero que supo responder a Picasso con una acción igualmente subversiva. Su obra es el resultado de un espíritu inquieto en continua búsqueda, insaciable, propio de quien nunca se siente satisfecho en su intento de interiorizar la pintura y de desplazar su centro de la gravedad de la naturaleza a la mente del hombre. Como Leonardo o su gran rival Picasso, en su obra se aprecia una evolución, con una lógica interna y unos hitos creativos que se ordenan con una armoniosa continuidad . En ningún momento sufre un estancamiento creativo como ocurre con los demás maestros abstractos.

El mismo carácter negativo, pero a la inversa, lo encontramos en los "ready made" de Marcel Duchamp, que tanto ha influenciado al arte contemporáneo, los cuales pretenden dotar de un sentido artístico a un simple objeto que usamos cotidianamente. En este caso lo que se niega es la originalidad de la representación artística en sí misma, reduciendo la acción del pintor o escultor a la simple elección de un concepto aplicable a cualquier cosa de nuestra vida diaria que queda sublimada al nivel de obra de arte; todo se reduce a un simple ejercicio intelectual que roza el absurdo sin la menor participación manual del artista.

Las Artes plásticas, muy a nuestro pesar, no han seguido la evolución de las artes literarias que, aunque en su momento sucumbieron a la necesidad de

realizar experimentos vanguardistas en la primera mitad del siglo XX, recordemos a Guillame Apollinaire, nunca perdieron su norte y siguen demostrando una vitalidad creativa extraordinaria. Su capacidad para comunicar con el lector, haciéndole vivir, situaciones conectadas con el mundo de lo real, creando personajes y ambientes con los que identificarse, no se ha visto en absoluto perturbada. Ahí tenemos los ejemplos de James Joyce, Samuel Becket, Proust, Octavio Paz, Borges, Gabriel García Márquez, Sartre, Camus, Graham Green, Truman Capote. La Novela, el relato, el cuento, la prosa, no han variado en su esencia a lo largo de nuestra historia y cuando lo han hecho como en el periodo de las vanguardias, han sabido recomponerse de esas tendencias antiacadémicas que hubiesen perjudicado a la Literatura si hubiesen perdurado. La poesía, por su íntima conexión con el ritmo musical y el teatro, por su faceta escénica de carácter eminentemente visual, son los géneros literarios que mejor han escuchado los ecos de la modernidad. Pero en general, el escritor nunca ha dejado de tener confianza en el poder de la palabra, por su capacidad para describir y hacer sentir mundos imaginarios. Sin embargo el pintor ha incomprensiblemente renunciado a dar relevancia a lo que confería a su arte un carácter divino, el trazo, la línea, la modulación de las formas por el impacto de la luz, a todo aquello donde se aprecia la inapelable autografía de su obra. De esta suerte, la escultura, pero sobre todo la pintura, a mi modo de ver, sufren de un hastío creativo que les hace correr el riesgo de desaparecer y caer inmersos en nuevas formas expresión fomentadas por las nuevas tecnologías.

Ardua tarea la de los artistas contemporáneos que son aquellos que deberían de haber sacado las artes plásticas de este callejón sin salida. Ellos son los que tienen la responsabilidad de regenerar el Arte mediante la afloración de la técnica, el dibujo, la observación de lo natural. Sin duda no

faltan ejemplos a seguir; no solo deben ser estudiados los maestros antiguos e impresionistas o los modernos consagrados por la historia del Arte como, Picasso, Matisse, Modigliani, Chagall, Dalí y los de generaciones más próximas a nosotros como Hopper, Balthus, Lucien Freud, Frida Khalo o Francis Bacon, si no también en los mismos contemporáneos como David Hockney, Amsel Kiefer o el español Antonio López. Sin embargo en general el arte contemporáneo ha preferido dejarse arrastrar por las grandes instalaciones en perjuicio de la intimidad que aporta el lienzo, ha abrazado el "arte performance", siguiendo una versión actualizada de los "ready made" de Duchamp, el gran "influencer" de nuestra época.

El artista contemporáneo debe retornar a las fuentes de inspiración clásica, observar la naturaleza, copiar a los antiguos maestros, dejar el ordenador, coger de nuevo lápiz y dibujar, en dos palabras, reincorporarse al oficio. Volver al mundo de los sentidos.

Mucho va cambiar el mundo a raíz de la pandemia y es muy probable que vivamos incluso el inicio de una nueva era. El Arte necesita reaccionar. Vale la pena intentarlo, porque, aunque solo hagamos por nostalgia, en la melancolía y búsqueda del tiempo perdido puede encontrarse la inspiración.

La clave está en saber observar a esa rosa altiva con la que comenzábamos el relato, expresar su parte espiritual y simbólica porque la belleza no tiene valor en sí misma si no viene acompañada de un carga espiritual que solo el hombre puede infundirle.